

## Los errores del racismo

### Resumen:

A pesar del horror del holocausto nazi, la segunda mitad del siglo XX y el comienzo del siglo XXI, vió aparecer nuevas y atroces limpiezas étnicas, genocidios y una secuencia sin solución de continuidad de actos discriminatorios diversos. Características físicas como el color de la piel, el sexo, o la apariencia y culturales como la posición económica, las pautas alimentarias o la religión son la estrella de David amarilla con que se cataloga a la diversidad humana.

El racismo sólo puede surgir en contextos en donde prepondere la intolerancia y la ignorancia. El desconocimiento de los principios que rigen la investigación científica, básicamente cómo son construídas las hipótesis, conlleva la aceptación de premisas que, mediante un examen atento, se revelan como falaces. La falta de información acerca del origen único del Homo sapiens sapiens y de su evolución, así como de los principios elementales de genética, alimentan las peores fantasías discriminatorias. El unilateralismo cultural capitalista que reina a sangre y fuego hoy día en casi todo el mundo, esconde la riqueza cultural de la humanidad, brindando un elemento falso más en la justificación racista.

Pero más allá de lo anterior, es más importante adoptar una postura ética en la que se priorice el respeto por el otro, sin más motivo que la propia condición humana. Sin esta tolerancia, cualquier argumento esgrimido pierde relevancia y se transforma en una razón desprovista de sentido. Por el contrario, el sólo respeto por el otro, alcanza para condenar al ridículo a las posturas discriminatorias.

### Indice

<b>Introducción.....</b>	<b>2</b>
<b>Origen sociológico del racismo.....</b>	<b>4</b>
<b>Falacia epistemológica.....</b>	<b>8</b>
<b>Falacia biológica.....</b>	<b>11</b>
<b>Origen del Hombre.....</b>	<b>12</b>
<b>Fundamentos genéticos.....</b>	<b>14</b>

<b>Variabilidad cultural</b> .....	16
<b>Consideraciones éticas</b> .....	18
<b>Conclusiones</b> .....	20
<b>Bibliografía</b> .....	22

## **Introducción**

Durante el siglo XX, el mundo fue testigo de una multiplicidad de asesinatos masivos cometidos contra determinados grupos humanos. Desde el genocidio armenio, pasando por el holocausto nazi, que no sólo fue perpetrado contra el pueblo judío, hasta las matanzas entre los hutus y los tutsis de la década del '90, las limpiezas étnicas han estado presentes en casi todos los conflictos bélicos. Si bien las causas que motivaron las guerras y en última instancia, los etnocidios, pueden ser buscadas en cuestiones relacionadas con intereses económicos, producto del descontrolado funcionamiento del capitalismo; lo cierto es que detrás de todo ello, se esconde, dentro de la humanidad, un esquizofrénico Mr. Hyde.

Extrañamente los casos de genocidios no son percibidos en el momento y sólo luego que se cometieron las masacres, salen a la luz. De algún modo es como si la humanidad no quisiera ver de lo que es capaz, para luego de consumado el horrendo acto, surgiera la culpa y la necesidad de expiarla, denunciando y condenando los hechos. ¿Cómo es posible que la sociedad permanezca ignorante de tan grandes crímenes? ¿Cómo es posible ocultar miles y miles de cuerpos sin que nadie sé de cuenta, salvo las víctimas y los victimarios? Sospechamos que más que ignorancia, lo que se juega aquí es una complicidad inconsciente, que niega y se ciega frente a las ignominias que acechan en lo más profundo del espíritu humano. Es cierto que en la mayoría de los casos es el miedo el que provoca la inconsciente complicidad. Cuando una sociedad se desarma, y cuando hay una limpieza étnica o una matanza masiva necesariamente se produce un quiebre, se agudizan los egoísmos, y la consigna de la salvación individual prepondera más allá de la evidente contradicción para seres que han evolucionado en un contexto social y cultural. Pero el racismo no se expresa únicamente en los casos extremos de limpiezas étnicas y genocidios, sino que es parte de la vida cotidiana, aferrado a prejuicios arraigados en el

más rancio sentido común. Las generalizaciones sobre los grupos, no sólo culturales sino clasistas, de género y aún etarios, son moneda corriente en el discurso de todos los estratos y sectores de la sociedad. Aún, y aquí el problema es más grave, entre los encargados de la educación y de los medios de comunicación masiva. Tanto en los audiovisuales como en los gráficos, puede observarse un racismo solapado, muchas veces escondido detrás de una aparente broma o haciendo gala de un lenguaje coloquial. Otras veces y no tan aisladas como podría suponerse, las posturas racistas son explícitas, señalando a determinados grupos como responsables o proclives a conductas no aceptadas por la sociedad mayor. Desde las instituciones políticas y más allá de que hoy día pueda considerarse como “políticamente incorrecto” hablar mal de las minorías, los prejuicios de toda naturaleza y entre ellos los racistas, están a la orden del día. Es cierto que en muchos casos se responde a coyunturas en las que es conveniente encontrar “chivos expiatorios”; pero ello no exculpa a nadie, sino, más bien, provoca una clara condena.

Consideramos que las expresiones racistas, así como toda clase de discriminación, responde fundamentalmente a una ignorancia supina acerca de los principios que rigen la validez de las hipótesis científicas, de la historia de la evolución humana y de la inmensa riqueza cultural de la humanidad; patrimonio éste último que es tal vez la única esperanza que nos queda para no caer en una uniformidad que nos condena a la extinción sin remedio y arrastrando en nuestra caída a una multiplicidad de especies.

Con este artículo pretendemos brindar una serie de argumentos en función de los tres puntos esbozados: conocimiento científico, evolución humana y riqueza cultural que permitan reflexionar acerca de las implicancias de la falacia racista. Por último, pero no por ello menos importante, quedan los comentarios acerca de la cuestión ética; que es la que no sólo debería guiar todos los actos que emprendemos en nuestra vida, sino que por sí sola debería bastar para asumir una postura antirracista, aún si no hubiera argumentos de peso tanto desde el punto de vista científico, como evolutivo, como de la diversidad cultural. El sólo hecho de no considerar a la especie humana como una unidad con igualdad de derechos es una falta grave en la que huelgan las argumentaciones. Sin embargo, y como muchas veces sucede en la historia humana, los prejuicios se disfrazan de razonamientos válidos, lo que puede convertirse en un canto de sirenas para los

incautos. De allí que consideramos necesario explicitar en toda su flagrante mentira a la falacia racista, sin dejar resquicios para que los prejuicios puedan surgir. O al menos, si emergen, que sea dentro de un marco de conciencia cabal acerca de los errores en los que se está incurriendo.

Tal vez la mejor forma de luchar contra los prejuicios, situación de la que nadie está exento, sea ejerciendo un autocontrol permanente sobre los propios actos y dichos, y fundamentalmente nunca creyendo que se está a salvo de los mismos. Dormirse en los laureles de un pensamiento que se considera progresista, es probablemente, la peor trampa en la que podemos caer como seres humanos éticos.

### **Origen sociológico del racismo**

En líneas generales puede observarse que, desde el sentido común, incluyendo dentro de éste a los medios de comunicación masiva, se suele hablar en términos de raza, es decir de la división de los seres humanos en grupos clasificables con relativa facilidad y a los que se le atribuyen características diferenciadas. En la mayor parte de los casos, los individuos que se adscriben a uno de los determinados grupos, suelen asignar al resto cualidades negativas en diferente grado de acuerdo con una escala propia; y a su propio conjunto las propiedades positivas. El colonialismo occidental imperante en el mundo en los últimos siglos propagó la visión de la superioridad europea en desmedro del resto de los pueblos (en EEUU, principal imperio hoy día, la clasificación racial ubica en el primer lugar a los descendientes de los europeos, WASP [White, Anglosaxon and Protestant]).

Este fenómeno universal se denomina, dentro de la antropología, como “etnocentrismo” y suele categorizarse como negativo o positivo, si bien como se afirmaba en el párrafo anterior, generalmente adopta una forma positiva. En sociedades estratificadas que cuentan entre sus miembros con diferentes grupos étnicos, suele observarse que las clases coinciden con estos conjuntos, en función primariamente, de la endogamia que caracteriza a esta forma social. Puede darse el caso que los grupos subordinados no necesariamente clasifiquen a los atributos de su propio grupo como negativos, pero que

sobrevaloren las cualidades atribuidas a las castas superiores. A esto se lo denomina etnocentrismo negativo.

A lo largo de la historia hay numerosos ejemplos de pueblos que consideraban a sus vecinos como no humanos y por ello mismo pasibles de tratos que no se aplicarían a sí mismos. Y aún admitiendo la pertenencia a la humanidad de los otros grupos, en general se los considera, desde algún punto de vista, como inferiores. Esta fue la base de la famosa polémica entre Bartolomé de las Casas y Francisco Sepúlveda en pleno siglo XVI, acerca de los derechos de los pueblos originales de América y que influyera en la legislación que la corona española aplicara en nuestro continente. Paradójicamente, una de las consecuencias de esta discusión fue la aceptación de la introducción en el nuevo mundo de esclavos provenientes de África.

Con la consolidación en occidente de la ciencia moderna durante el siglo XVIII y el siglo XIX y el consecuente retroceso de la influencia eclesiástica en el pensamiento, más la expansión colonial europea producto del proceso de transformación social del capitalismo, se supuso que las diferencias que se encontraban entre los grupos humanos podían tener un origen biológico. Sin prescindir del todo de la idea de un dios creador (Stephen Jay Gould comenta que el mismísimo Darwin fue creacionista hasta dos años después de volver de la expedición del Beagle), dos posturas dominaron la escena. El monogenismo, u origen único de los humanos y el poligenismo, u origen diferenciado de la humanidad. Ninguno de sus exponentes plantearon la igualdad biológica de las razas, si bien se encuentran partidarios de la igualdad de derechos en ambas posturas. La explicación de las diferencias observables entre los grupos cayó bajo el ejido de la antropología.

La antropología como disciplina particular surge con una necesidad concreta, que es la de indagar acerca de la naturaleza de los pueblos con los que se iba encontrando el expansionismo europeo. Esta indagación, más allá del interés real sobre la variabilidad humana que podían tener los primeros antropólogos, respondía, en última instancia, a una necesidad específica de dominio colonial. Las diferentes culturas fueron clasificadas de acuerdo a los criterios occidentales, en una escala lineal en la que las divergencias implicaban un ordenamiento valorativo. Así, aquellas sociedades que se parecían más a la sociedad europea, se consideraban más “evolucionadas”. Vale aclarar que en el siglo XIX

existía una confusión de conceptos y se igualaban “evolución” con “progreso”. A las poblaciones cazadoras recolectoras se les asignó el último lugar de la escala e inmediatamente se las asimiló con el pasado de Europa. De este modo la antropología definió su objeto de estudio como la trayectoria histórica y prehistórica de la humanidad. Al representar los pueblos no occidentales el pasado humano, recayó en nuestra disciplina la investigación de las características y costumbres del resto del mundo. La perspectiva claramente axiológica que guiaban estas investigaciones, colocó a la Europa Central, como la culminación y el modelo a seguir de todas las culturas.

Básicamente los postulados que sostenían los racistas, no apuntaban únicamente a diferencias morfológicas pasibles de una clasificación aséptica. Por el contrario los rasgos definidos presentaban valoraciones que intentaban, por un lado, demostrar la mayor cercanía con la naturaleza y por el otro, la incapacidad moral de los pueblos considerados apriorísticamente como inferiores.

El primer punto se observa en la exageración y selección arbitraria de rasgos físicos que emparentaban a los pueblos no europeos en diferentes grados con los simios. Hoy día se admite que todos los seres vivos que comparten (cuando los dejamos) el mundo con los seres humanos son productos terminales con sus propias historias evolutivas. Los chimpancés, nuestros parientes más cercanos, no son, como se suele pensar desde el sentido común, nuestros ancestros. Si lo ponemos en términos de parentesco, en todo caso, serían nuestros primos, es decir que compartimos un ancestro en común. Taxonómicamente hablando pertenecemos ambos al reino animal, al filo de los cordados, a la clase de los mamíferos, al orden de los primates y a la familia hominidae; pero diferimos en el género y en la especie, nosotros somos *Homo sapiens* y ellos son *Pan troglodytes*. Sin embargo, las clasificaciones morfológicas racistas apuntaban a la identificación de caracteres simiescos en los seres humanos; generalmente se adjudicaba a las poblaciones africanas el mayor grado de similitud. Con el mismo grado de ridiculez sustentado en esta clase de divisiones, podríamos escoger rasgos físicos característicos de los europeos que los acercan vertiginosamente al reino de los Chimpancés. Una mayor cantidad de pelo en sus cuerpos es una característica común de esos pueblos, así como una mayor proporción de personas con labios finitos. Estos atributos son típicos de la mona Chita, Judy, Bear, Chito, etc.

A su vez, las características culturales que se atribuían a los pueblos no europeos no eran analizadas en su propio contexto ecológico, económico y social, sino por comparación con occidente. La peculiaridad del capitalismo que se imponía a sangre, fuego y explotación para satisfacer su único objetivo de consumo y acumulación diferenciada, no fue puesta en entredicho, ni siquiera observada como particularidad cultural, sino que fue erigida en parámetro a partir de la cual, comparar al resto de las sociedades. Esta confirmación de los prejuicios disfrazados de objetividad científica, maravillosamente desbaratada entre otros por Stephen Jay Gould en “La falsa medida del hombre”, implicaba también una valoración moral que indicaba que las clases subordinadas y las poblaciones extraeuropeas ni siquiera podían ser capaces de decidir por su propia cuenta. De este modo se garantizaban también el derecho, ya no divino sino factual, de ser los indicados para regir los destinos de todo el mundo. Es sorprendente cómo nadie se tomó la molestia de observar que siempre las mejores posiciones en las escalas raciales coincidían con el siguiente grupo social: masculinos adultos blancos europeos con buenos ingresos.

Si bien estos rasgos se adjudicaban entremezclados con supuestos atributos morales e intelectuales, lo más grave no era la clasificación morfológica, en última instancia se podría apelar al famoso *vive la différence!* al menos en lo referido a las características físicas, sino los supuestos que los guiaban. La heredabilidad y la inmutabilidad eran los pilares sobre los que se sustentaban los argumentos acerca de la inferioridad no sólo de los pueblos no europeos, sino también de las clases subordinadas de sus propios países.

Desde estas concepciones surgen movimientos como el eugenista, que proponía, en sus versiones más radicalizadas, la esterilización o confinamiento de todos aquellos que pudieran representar un peligro cierto de degeneración para la especie humana, o la aprobación de ciertas leyes de restricción de ingreso de inmigrantes o cercanas a una política de *apartheid*.

Es interesante notar que a pesar del énfasis de Darwin y otros en que el mecanismo de la selección natural implica primero azar y luego presión de selección, con lo que la variabilidad empieza a jugar un rol preponderante en la supervivencia de los seres vivos, la visión que se aceptó de la teoría de la evolución (y que aún hoy se encuentra radicada

en el sentido común<sup>1</sup>) estaba más relacionada con un lamarckianismo y una inevitabilidad que se riñe con los postulados de la propia teoría. Los rasgos heredados por los grupos inferiores podían afectar el futuro de la humanidad si no se prohibía tanto la posibilidad de su reproducción como la chance de que se mezclasen con otros grupos. En esta inevitabilidad de la herencia del rasgo puede leerse claramente una reducción de la importancia de la generación de diferencias como insumo fundamental del motor evolutivo. Por cierto, que esta postura minimizaba a su vez, cuando no directamente invalidaba la influencia del medio. La clasificación del rasgo como inmutable condenaba para siempre a sus poseedores, en una versión del pecado original con un falso ropaje de pretensión científica. Pero el emperador estaba desnudo. Si algo está claro en la biología es que la relación entre el genotipo y el fenotipo no puede reducirse a una determinación lineal, salvo en muy pocos rasgos denominados marcadores, y que la plasticidad del fenotipo es fundamental para la supervivencia.

### **Falacia epistemológica**

Desde el punto de vista científico el concepto de raza no posee ningún sentido, salvo cuando se están realizando investigaciones que tomen en cuenta las categorías que utiliza la gente (EMIC en la terminología antropológica)<sup>2</sup>, tal como pueden ser las de “brujas”, “ovnis”, “culebrilla”, “milagro”; conceptos sin significado científico pero con un valor social importante. Consideramos que no necesariamente porque las categorías sean las utilizadas habitualmente por el pueblo, hay que ser complacientes con ella. El tema del racismo causó atroces genocidios a lo largo del siglo XX como para observarlo prístinamente desde una postura relativista. Es imperioso erradicar las falsas nociones que se sostienen desde el sentido común y que fundamentaron en muchos casos las infamias cometidas. Si bien las causas profundas que motivan los procesos racistas suelen ser

---

<sup>1</sup> Es notorio como entre los alumnos de cursos básicos de antropología se sostiene a la herencia de caracteres adquiridos como motor de la evolución biológica.

<sup>2</sup> La distinción entre las categorías EMIC y ETIC propuesta por Kenneth Pike y que provienen de fonémica y fonética, indican el origen de las mismas, siendo las EMIC las elaboradas desde el punto de vista del nativo y las ETIC las elaboradas por el antropólogo. Si bien no existe acuerdo acerca de la utilidad metodológica, epistemológica y teórica de la distinción, lo mencionamos porque en este contexto sirve como punto de referencia.



económicas, claramente el combustible que la alimenta la hecatombe está compuesto de ignorancia y prejuicios.

Una de las características para que una hipótesis pueda ser considerada científica, al menos desde la escuela falsacionista, es que tenga contrastabilidad, es decir que tenga la virtud de poder ser refutada. Si la hipótesis no puede ser falsada pierde toda validez, ya que no encuentra medio para ser probada. Así por ejemplo aquellas supuestas teorías sobre el diseño inteligente (una nueva versión del viejo creacionismo) que plantean un demiurgo con propósitos, acarrearán la incontrastabilidad en su propio origen. No puede probarse empíricamente la existencia de Dios, o existen tantas pruebas a favor como en contra, por lo que es imposible establecer una contrastación ínter subjetiva. Tampoco pueden derivarse lógicamente de este principio enunciados observacionales que puedan ser puestos a prueba. De este modo, la teoría del diseño inteligente, pierde toda validez científica.

Por otra parte se espera que las hipótesis sean comunicables y que el método utilizado sea replicable. La ciencia no puede depender de la intuición o la creatividad, no al menos durante lo que se denomina el contexto de justificación. Popper propone que para el contexto de descubrimiento, la generación de las hipótesis, no puede postularse un método y que las afirmaciones acerca de la realidad, pueden surgir en cualquier situación. No todos los epistemólogos están de acuerdo al respecto. El profesor Samaja ensaya una estructura formal, no lógica ya que no se corresponde ni con la inducción ni con la deducción, para el método de la generación de hipótesis y que consiste en la forma alternativa estructural, aunque no consistente, de la abducción. Más allá de esta interesante idea, lo cierto es que para la ciencia es fundamental que cualquier persona pueda replicar los métodos de cualquier otra y llegar a los mismos resultados.

En último lugar, la ciencia se caracteriza por un criterio de simplicidad; una navaja de Ockham con la que se amputan aquellas hipótesis que poseen menor grado explicativo. Existe una economía, en el sentido de maximización, que exige que aquellas afirmaciones acerca de la realidad que poseen una menor carga de falsabilidad no sean las preferidas. Esto es, que pueda encontrarse en la realidad un contraejemplo que la anule o la falsee. La falsabilidad está relacionada con el nivel de generalidad de las hipótesis, así una que abarque un mayor grado de contrastabilidad, que permita una mayor cantidad de

contraejemplos, será la que se seleccione como más reputada. A su vez esta simplicidad se encuentra relacionada con la ambigüedad, prefiriéndose siempre aquellas hipótesis que tengan una porción menor de incertidumbre.

Veamos ahora hasta que punto el concepto de raza y sus hipótesis relacionadas, cumplen con los requisitos expuestos, para, si llegamos a observar su no concordancia, establecer la inutilidad del término y sus nulas implicancias desde un punto de vista científico.

Las variaciones fenotípicas, o manifestaciones visibles del genotipo, rasgos comúnmente utilizados para establecer clasificaciones raciales, forman una continuidad sin solución, en donde pueden encontrarse todas las gradaciones que se deseen. No existen puntos de corte precisos que permitan a dos personas diferentes categorizar a la misma gente en el mismo grupo racial utilizando únicamente las características físicas. Las coincidencias surgirán cuando incorporen a la taxonomía, otra clase de atributos tales como los culturales, los sociológicos, los económicos o los lingüísticos. Circunscribiéndose únicamente a los rasgos físicos es imposible crear categorías objetivas. Desde la propia definición del concepto de raza ya existe, por lo tanto, una imposibilidad de contrastación. La falsabilidad requiere de la contrastación ínter subjetiva para poder tener validez. Exige una universalidad tal, que cada vez que se aplique el método en las mismas condiciones, pueda llegarse al mismo resultado. La continuidad de las características físicas hace que, tomando cualquiera de ellas, se pueda establecer una secuencia con todas las gradaciones que se deseen. Para empeorar las cosas y hacerlas aún más incontrastables, las distribuciones de frecuencias de esas variaciones no muestran modas claras, que permitan, al menos, una clasificación por grupos de parecidos. Estas objeciones tornan inútiles los intentos clasificatorios basados en el fenotipo. En general aquellos que sostienen la existencia de diferencias físicas que permiten la clasificación, olvidan que el fenotipo no es la expresión pura del genotipo, aún tomando en cuenta las implicancias complejas de la interacción química, sino que es el resultado del genotipo más el medio ambiente. Esto implica que dos genotipos iguales pueden dar como producto un fenotipo diferente si se encuentran en ambientes distintos. Todos los intentos por clasificar objetivamente a las razas humanas son infructuosos y conducen por el camino de refinar las diferencias hasta recalar en la paradoja de encontrar, en cada individuo, una raza diferente.

La imposibilidad de contrastar las taxonomías raciales trae aparejada la ausencia de replicabilidad en el método. Si bien es posible utilizar instrumentos de medición, la incontrastabilidad de las categorías teóricas torna obsoleta y espuria cualquier observación metodológica. Y no existe sofisticación tecnológica que pueda subsanar el error de origen. Es como pretender que un esquimal y un cubano se pusieran de acuerdo con respecto a la temperatura en cuanto a si hace calor o hace frío. El método científico funciona como vínculo entre la teoría y la empiria y por lo tanto, el divorcio con alguna de ellas, invalida inmediatamente su aplicabilidad. El problema de la subjetividad aparece aquí con toda su potencia. Se podrá oponer, casi reactivamente, que todo es subjetivo y que es imposible, desde el momento en que la observación la realiza un ser humano, que pueda alcanzarse la objetividad. Sin embargo es lícito preguntarse si aceptar la premisa antes dicha, implica necesariamente asumir que cualquier interpretación es posible. Y la respuesta es tajantemente negativa. Que la interpretación provenga de un ser humano no invalida la posibilidad de encontrar un criterio que satisfaga todas las voluntades. A esto se lo denomina en epistemología, contrastación ínter subjetiva.

La simplicidad del método científico obliga a descartar aquellas hipótesis que poseen una menor carga de contrastabilidad. Frente a las ambigüedades de las clasificaciones raciales surgen las distribuciones de frecuencias génicas, como criterio categorial. Estas frecuencias permiten el tratamiento de los datos de una forma mucho más certera en función de que las unidades son discretas y no continuas como en los rasgos físicos, lo que permite una más clara identificación. Vale la aclaración que no es la continuidad de la variable como atributo categorial la que impide la clasificación, sino que esa continuidad, en el caso de los rasgos físicos, no permite la contrastación ínter subjetiva. El estudio de las frecuencias génicas demostró que las clasificaciones raciales no tienen ningún sentido. Se observó por ejemplo que existe una mayor diversidad genética al interior de África que entre los pueblos que viven fuera de ese continente. Es decir, son más parecidos, genéticamente hablando, un esquimal y un aborígen australiano que un bantú y un bosquimano. La navaja de Ockham se aplica aquí con toda su potencia, extirpando las ambigüedades de las clasificaciones basadas en los rasgos físicos y adoptando el conjunto de hipótesis que posee un mayor grado de falsabilidad; las distribuciones de las frecuencias génicas.

## **Falacia biológica**

### **Origen del Hombre**

Muchas veces se escucha que cuando se describen a las personas de piel blanca se las denomina “caucásicas”. El origen del término remite a una concepción del siglo XVIII que sostenía que la humanidad poseía un origen diverso. Para los caucásicos se asumía que aquella región euroasiática era la cuna de esa población. Los sucesivos desarrollos en la teoría evolutiva más los descubrimientos de restos fósiles fueron inclinando la balanza hacia el origen único de la humanidad, asumiéndose que el nacimiento de la humanidad se produjo en África.

Sin entrar en detalles acerca del proceso de hominización, vale aclarar que todo nuestro género, en el sentido de la biología sistemática, se desarrolló en África y que luego irradió hacia el resto de los continentes. Ya no quedan dudas acerca del origen único de la humanidad. Inclusive con los últimos avances en genética puede corroborarse que la distancia génica que nos emparenta con nuestros primos más cercanos, los Pan troglodytes (chimpancés) es cuando menos del 96 %. Y este dato está sujeto a cambio, encontrándose cada vez más similitudes entre los dos grupos de la familia (otra vez en términos de la biología sistemática) Hominidae.

El homo sapiens sapiens hace su aparición en África hace aproximadamente 160.000 años antes del presente. Ya especies anteriores, emparentadas filogenéticamente con los seres humanos modernos, tales como los Homo erectus o el Homo sapiens neanderthalensis, habían surgido en África y luego irradiaron fuera del continente, encontrándose restos fósiles tanto en Asia como en Europa. Nosotros seguimos el ejemplo y también salimos de África, llegando a prácticamente todos los rincones del planeta.

En términos evolutivos, 160.000 años no es mucho tiempo, aún tomando en cuenta el hecho, bien aceptado hoy día, de que la evolución no es un proceso gradual que se sucede por acumulación de pequeñas variaciones sino que puede tener ritmos diferenciados, acelerando o desacelerando el desarrollo; es decir lo que se conoce como “equilibrio

puntuado”. Si tomamos en cuenta la escasa diferencia genética que existe entre las poblaciones humanas, no deja de sorprender la notable distancia que se observa en los rasgos físicos. Estas diferencias, que tanto daño han causado ya que sirvieron de falaz fundamento para la discriminación, son explicadas por la flexibilidad del fenotipo; pero cabe la pregunta de por qué, siendo que el origen del ser humano es reciente y único, estas diferencias físicas son tan marcadas.

Una hipótesis, conocida como catástrofe de Toba, sugiere que hace aproximadamente 75.000 años antes del presente explotó el volcán Toba cerca de Indonesia, siendo la erupción volcánica más importante de los últimos 2 millones de años. Este acontecimiento redujo, según algunos cálculos, la población humana a menos de 10.000 individuos y provocó un invierno volcánico que duró cerca de 6 años y que jugó un papel central en el enfriamiento del planeta al final de la era glacial. Según algunas investigaciones, faltó muy poco para que esta catástrofe se transformara en la séptima extinción masiva, sin contar la que podríamos estar viviendo ahora mismo y que de ser cierta posee una clara causa antropogénica. La consecuencia de este desastre fue el aislamiento relativo de las poblaciones de homo sapiens sapiens supervivientes, lo que motivó que las pequeñas diferencias se amplificaran, sobre todo si representaban algunas ventajas relativas.

Resumiendo, básicamente los mecanismos que posibilitan la evolución, sea de la especie humana o de cualquier otro ser vivo, son el azar y la presión de selección. Esto implica que toda característica surge como consecuencia de un acto aleatorio, sin dirección, y que es sobre ese material que trabaja la fuerza del medio ambiente. De aquí se desprende que un atributo tan importante para nosotros mismos como nuestro gran cerebro (del que en función de los resultados históricos no deberíamos sentirnos tan orgullosos) sea un producto principalmente de la contingencia.

No hay nada predestinado en nuestra configuración física. Nos hemos inventado demiurgos y dioses simplemente para no hacernos cargo de un destino no escrito, por la necesidad de buscar explicaciones a nuestro lugar en este planeta azul. La unidad de la especie humana debe ser expresada en toda su potencia, así como el carácter contingente de todos nuestros rasgos físicos, para de este modo poner de relieve toda nuestra

capacidad reflexiva en la búsqueda de un mundo en donde reine la igualdad de oportunidades.

### **Fundamentos genéticos**

A partir del descubrimiento y redescubrimiento de la genética, las clasificaciones basadas en rasgos físicos observables fueron descartadas, ya que, como se ha dicho, se obtenía una mayor potencia explicativa si era posible identificar las frecuencias génicas de las poblaciones estudiadas.

Expongamos las tres leyes de Mendel con el objeto de verificar hasta que punto los prejuicios más comunes con respecto a la raza se corresponden con las leyes de la genética.

Primera ley o ley de uniformidad: El tipo hereditario no es un híbrido entre los progenitores, sino que en él predominan las características de uno de los dos padres. Segunda ley o ley de segregación independiente: Las características se dividen en dominantes y recesivas, si se expresa la dominante, es probable que en la generación siguiente aparezca la característica recesiva, que se encontraba latente en la generación anterior; la probabilidad se distribuye en forma de una binomial. Tercera ley o ley de la combinación de los genes: Cada una de las características se transmiten a la generación siguiente en forma independiente una de otra.

La primera ley hecha por tierra el prejuicio que indica que los hijos son una hibridación entre los padres, ya que lo que sucede en la realidad es que siempre predominan características de uno u otro progenitor. La segunda ley invalida la postura que manifiesta que “una raza puede degenerarse si existe cruzamiento” ya que las características pueden mantenerse latentes, si son recesivas, hasta que se expresen como conjunción de dos atributos recesivos. La tercera ley implica que las características que se transmiten a la generación siguiente no siguen un camino lineal, sino que cada una sigue su propia trayectoria en forma aislada e independiente del resto. De aquí que muchas veces se exprese que los rasgos fenotípicos no covarían, ya que no necesariamente de la aparición de una característica física puede deducirse la ocurrencia de otra diferente.

Es posible también cuantificar las distancias génicas y medir el grado de diferencia entre las poblaciones humanas. En el mismo sentido pueden rastrearse los antepasados de la humanidad, básicamente a partir del análisis del ADN mitocondrial, que es transmitido por línea materna. Estas herramientas vinieron en ayuda de las evidencias proporcionadas por la paleoantropología en relación al origen único, africano de la especie *Homo sapiens sapiens*, así como de sus ancestros y de las ramas paralelas, hoy extintas.

Los resultados de estos trabajos muestran que hay mayor variabilidad genética entre dos poblaciones africanas actuales que la que existe entre, por ejemplo un esquimal y un nativo de las Islas Salomon. Y esto puede deberse a que siendo África nuestra cuna, nunca mejor dicho “Mama África”, la variabilidad es necesariamente mayor, ya que allí se gestó nuestro comienzo. Este hecho rompe claramente con el sentido común y con lo que en general se sospecha, pero, tal parece ser el destino de la antropología, quien ya desde sus orígenes como disciplina, se vio en la posición de desmitificar las opiniones que sustentaban las mayorías occidentales.

Con respecto al color de la piel, los expertos no se han puesto aún de acuerdo acerca de cuantos genes están involucrados en su codificación. La dificultad radica por una parte en la identificación de la gradación del color, que además de ser una magnitud continua, se modifica por efecto del medio ambiente y de la edad, con un aumento en la pigmentación desde el nacimiento hasta la madurez y una disminución desde la madurez hasta la vejez. Por la otra parte la identificación de los genes involucrados en la codificación de un determinado fenotipo no es una tarea sencilla, ni siquiera invocando el tan mentado proyecto “genoma humano”, que en definitiva lo que intenta hacer es definir la secuenciación de los pares de bases que conforman el ADN del *Homo sapiens sapiens*, sin poder decifrar en que forma se expresan en los rasgos observables.

La lección que puede extraerse del estudio de la naturaleza biológica del ser humano, dicho esto en un sentido analítico pues en la realidad no existe ser humano separado de su cultura, es que el patrimonio más importante que poseemos es nuestra variabilidad. Son las diferencias las que posibilitan la evolución, no sólo de nuestra especie sino de todos los seres vivos, ya que ese es el material sobre el que se moldea nuestro destino.

## **Variabilidad cultural**

Hemos visto a lo largo del texto como los fundamentos de las posturas racistas se encuentran viciados de toda nulidad, ya que no existe sostén de ninguna índole para su mantenimiento. Tanto desde un punto de vista epistemológico como biológico, las cosmovisiones racistas carecen de todo sentido. Sin embargo y como un obstinado recordatorio de la infinitud de la necesidad humana, las expresiones de agresión hacia las minorías no parecen disminuir con el paso del tiempo.

Se señaló al comienzo del artículo como el etnocentrismo es un componente universal que se encuentra en todas las culturas, con mayor o menor grado de tolerancia hacia los “otros” y un mayor o menor grado de valoración de la propia sociedad. La exacerbación por diferentes motivos, políticos o económicos, del etnocentrismo, es la que lleva por un vertiginoso corredor hacia las posturas xenófobas. El no comprender las diferencias culturales favorece esta tendencia, remarcando el hecho de que lo distinto es visto como lo negativo o lo que está fuera de la norma establecida.

El mundo del siglo XXI está viviendo una situación inédita en la historia de la humanidad. Un sistema económico, el capitalismo, se impone, con su pesada carga superestructural sobre todo el planeta. En su avance, no exento del uso de la fuerza militar, aniquila y confisca culturas, además de vidas y bienes.

La cultura puede ser vista como un rasgo, transmitido por canales no biológicos, que le permitió a la especie humana, sobrevivir en un mundo donde los imponderables dinámicos del medio son cotidianos. Menos dotados biológicamente que el resto de los seres vivos (quien podría agradecer el número que nos tocó en la lotería de cerebros, ya que el sostén energético es sumamente caro y a juzgar por lo que se observa en el mundo hoy día, no parece que lo utilizáramos con propiedad) nuestra solución fue encontrar en los elementos del medio ambiente, las claves del diario vivir. Sin embargo no existe un límite taxativo que pondere la utilización que se realiza del entorno ecológico, sino que la cultura tiene la capacidad de actuar aún en contra de lo que es más conveniente para la propia especie. Los ejemplos históricos de explotación humana, agotamiento de recursos y contaminación del medio ambiente abundan a lo largo de la historia, desde comienzos del Neolítico.



Pero no todas las culturas realizan una tarea devastadora de su entorno, ni todas las culturas consagran como solución a la escasez, una distribución desigual de la riqueza. El paradigma capitalista es una particularidad muy reciente en la evolución de la humanidad y nada hay en él que pueda considerarse inmutable o que tienda a perdurar como única opción. Que nos encontremos inmersos en una sociedad de consumo no debe ser un obstáculo para que podamos encontrar alternativas que promuevan un mundo más justo. Frente a los mismos condicionamientos, los grupos humanos han reaccionado en forma diferenciada, y esa multiplicidad tiene que convertirse en nuestro acervo, en nuestro reservorio de estrategias a implementar.

Contra lo que suele suponerse desde el sentido común, la humanidad no caminó por la historia siguiendo siempre el mismo sendero. Los diferentes tipos de sociedades no implican diferentes grados evolutivos. No es cierto que las sociedades con economía de caza y recolección sean un reflejo de nuestro pasado y que dejadas a su suerte, más tarde que temprano, llegarán a una sociedad agrícola en primer término y luego a una sociedad industrial con economía de mercado. La flagrante mentira, que aún hoy justifica invasiones y latrocinios, debe ser desenmascarada. Todas las culturas actuales, es decir el capitalismo más las pocas que aún se le resisten (sean cazadoras recolectoras, agrícolas, socialistas, etc.), poseen el mismo grado de evolución. Cada una de ellas siguió su propia trayectoria, lo cual no implica que no haya habido influencias recíprocas (con perdón del eufemismo en el extremo más belicoso de la interpretación) y el tiempo y el cambio corrieron en forma sincrónica para todas.

La confusión con respecto a interpretar a las sociedades cazadoras recolectoras como supervivencias del pasado remoto de la humanidad proviene, además del inefable prejuicio etnocéntrico, de la utilización que realizan los antropólogos de algunos aspectos de estas sociedades como modelos para la interpretación del pasado humano. Pero del mismo modo, ciertos comportamientos de nuestra sociedad capitalista, pueden ser utilizados como modelos de los tiempos idos. Por ejemplo, el hecho notorio del dimorfismo sexual de los juegos de los niños, con un énfasis en los juegos colectivos en los varones frente a los más domésticos de las niñas, puede servir como marco interpretativo de un pasado de socialización de la división sexual del trabajo. O tomando otro ejemplo bien argentino, el asado puede ser utilizado como esquema conceptual de

los festivales redistribuidores de carne, tan caros a los primates. Por último y para circunscribirnos a un fenómeno reciente, el desarrollo y expansión de Internet, puede servir como referencia para una explicación del origen de las confederaciones estatales, en virtud de su distribución desigual (red libre de escala) y vertiginosa.

El evolucionismo unilineal, tal como se denomina a la posición que identifica una única ruta histórica para todas las sociedades, con la cima ocupada por Occidente (como no podía ser de otro modo desde que ella fue la que la generó) es un anacronismo que posee más de cien años de abandono dentro de la teoría antropológica. Su supervivencia, aún en medios académicos no antropológicos, sólo puede deberse a una falta de interés sustentada en una ausencia de reflexión.

Las sociedades han ensayado respuestas diferenciales a los mismos problemas y han encontrado respuestas similares a distintos problemas. Así funciona la complejidad humana. No todas las soluciones han sido óptimas, pero de todas las que conocemos podemos aprender para no repetir sus errores y seguir sus buenos ejemplos. Comprender la riqueza cultural de la humanidad es el mejor repertorio con el que contamos.

### **Consideraciones éticas**

Más allá de todas las argumentaciones que puedan oponerse a la discriminación y a su paso previo, la clasificación racial, consideramos que, lo más importante en la búsqueda de un mundo más tolerante, es la clarificación de las posturas éticas que deben guiar nuestros actos. No existen recetas que garanticen un accionar recto de antemano, no es posible alcanzar un estado mediante el cual queden consagrados éticamente los actos. La única forma posible es ejerciendo un permanente control de las acciones y los dichos. No hay filosofía, ideología o religión, que por el sólo hecho de seguirlas, guarden a sus cultores de cometer atrocidades. La historia de la humanidad esta repleta de ignominias cometidas en el nombre de un objetivo noble.

Si bien pueden encontrarse en la literatura filosófica posturas que justifican el accionar moral, tal como puede desprenderse de los trabajos de Descartes o Kant, por mencionar algunos ejemplos, creemos que es más importante establecer un a priori, que a la manera de los axiomas modernos, no exijan su justificación. Nos referimos a la proposición que

implica el respeto por otro ser humano por el sólo hecho de serlo. ¿Es necesario establecer acaso las causas de por qué es imprescindible considerar a la vida humana, y podríamos agregar a toda la biodiversidad, como el máspreciado de los dones? ¿No es suficiente con observar la trágica historia de la humanidad, sobre todo tomando en cuenta las atrocidades cometidas desde el Neolítico hasta nuestros días?

No postulamos una vuelta al Pleistoceno o a algún tipo de pasado mítico, romántico, en donde la felicidad reinaba y las caras sonrientes eran la moneda corriente. De ningún modo. Los avances tecnológicos vividos durante el siglo XX permitieron erradicar un sinnúmero de causas de sufrimiento y muerte, tales como los que generó la medicina o los adelantos en agricultura y tecnología de alimentos. Sin embargo y pese a las disponibilidades excedentarias de alimentos, un 40 % de la población mundial padece hambre o se encuentra sub alimentada. Del mismo modo y pese a que la ciencia posee las herramientas necesarias para prevenir y curar una enorme cantidad de enfermedades, el acceso a las mismas está restringida a una pequeña porción privilegiada de la población mundial.

Básicamente el problema urgente con el que se enfrenta la humanidad y que puede proponerse como madre de todos los males, racismo incluido, es la distribución desigual de la riqueza mundial. En una perversa ejemplificación de la ley de Pareto, un 20 % de la humanidad acapara el 80 % de la riqueza, mientras que el 80 % restante debe sobrevivir con el 20 % que queda.

¿Pero es posible, dentro de los límites impuestos por el sistema económico mundial, el capitalismo, lograr una distribución más equitativa de los recursos? Si analizamos las cosas en pequeña escala, podemos encontrar ejemplos de países capitalistas cuyo reparto es mucho más igualitario comparado con otros. Los ejemplos de Noruega, Suecia, y algunos otros estados europeos apoyarían el supuesto. Ahora, si ampliamos el horizonte y miramos la estructura mundial, nos encontramos con que aquellos lugares en donde la igualdad se haya más presente, son muy pocos y no es casual que acaparen más recursos que los países más pobres.

¿Se puede realizar un análisis de corte micro social, cuando a todas luces el mundo se encuentra cada vez más conectado y el intercambio de recursos es cada vez mayor? ¿No es absurdo, dado el flujo de personas, bienes y servicios que circulan por el mundo,

extraer una muestra de tal forma sesgada? El capitalismo posee una lógica interna que impulsa a los actores a la acumulación y cuyo único objetivo de realización es la generación de capital para obtener una mayor renta y de ese modo conquistar un capital más grande. ¿Cómo es posible, entonces, intentar paliar la pobreza y la marginalidad dentro de los estrechos límites que impone el sistema económico mundial? La experiencia indica que los discursos son muy sentidos, y hasta pueden ser sinceros, pero la realidad se muestra inflexible y más allá de la “liberalización del comercio” de los últimos 20 años, lo que se produjo fue una mayor concentración de la riqueza y una expansión de la pobreza sin precedentes en un mundo con disponibilidad de recursos excedentaria.

Es necesario tomar conciencia de la situación en la que estamos inmersos, pues esta inequidad es el caldo de cultivo del malestar de la sociedad mundial, y el medio ideal para que falacias fáciles de digerir como la xenofobia o el racismo, puedan expandirse. La salida y el cambio, no serán sencillos de conseguir; aquellos que todo lo poseen no querrán compartir, y no por una cuestión simplemente de egoísmo, sino por las fuerzas determinantes de la sociedad que los impulsa a seguir en la huella. Pero no olvidemos que aquellos que no nada poseen, justamente no tienen “nada que perder y un mundo por ganar”. Esperemos que esta vez el fantasma termine su recorrido.

## **Conclusiones**

Toda forma de discriminación está basada en dos pilares básicos, prejuicios solidificados por la ausencia de reflexión y de la enseñanza de la reflexión, que deben ser demolidos sin escatimar medios: la intolerancia y la ignorancia.

Siguiendo un orden de importancia, el primero de ellos, resulta el más elemental, ya que promoviendo la tolerancia y comprendiendo (en un sentido completo y no únicamente discursivo) al “otro”, se elimina toda posibilidad de exclusión. La actitud tolerante y la aceptación del disenso son condiciones necesarias y suficientes para evitar caer en posturas racistas. Aceptar la maravillosa diversidad de la especie humana, tanto en sus aspectos biológicos como culturales, es el primer paso para comprometerse con un futuro más promisorio.

Desde ya que la defensa de las diferencias no implica una visión pasiva de las cosas, que tolere cualquier punto de vista simplemente porque es emitido por un ser humano. La ecuanimidad aristotélica, ni exceso ni defecto, debe ser la guía que permita identificar las injusticias así como ponderar positivamente los hechos de la cultura y la sociedad. Para ello es imprescindible ejercer un permanente control sobre nosotros mismos, sobre nuestros actos y sobre nuestras ideas, descubriendo en cada paso los límites que se imponen dentro del amplio espectro del relativismo cultural. No es posible equiparar las visiones de los opresores y de los oprimidos, de los torturadores y de los torturados en nombre de las diferentes percepciones, como si todas ellas fueran igualmente válidas. Es necesario establecer fronteras sin olvidar que la herramienta más valiosa con la que contamos es la de ser plenamente conscientes de nuestras acciones y discursos.

El combate contra la ignorancia, en el caso del racismo, se realiza en el terreno de la falacia científica, biológica y cultural de las posturas racistas. Desde la perspectiva científica es fundamental señalar la inviabilidad epistemológica de las hipótesis de este tenor debido a su carga de incontrastabilidad, incomunicabilidad y redundancia. Desde el punto de vista biológico, el origen único del homo sapiens sapiens y los desarrollos de la genética dan por tierra con las torpes ideas de pretender clasificar a la humanidad a partir de sus rasgos físicos. Desde la perspectiva cultural la desmitificación del pensamiento único, o lo que es lo mismo la cultura capitalista<sup>3</sup>, procede mediante la valorización, el respeto y el conocimiento de las diferencias culturales, así como de señalar el peligroso e inmoral camino que transita.

Pero más importante aún que los argumentos esbozados arriba, para la derrota definitiva de la ignorancia y del racismo, es el estímulo de esa maravillosa virtud que es la curiosidad. Los seres humanos no la perdemos durante la adultez como sucede con el resto de los mamíferos. El desinterés por el estudio, la investigación y la creatividad sólo pueden provenir de la opresión cultural, entendida ésta en su peor sentido económico, político y simbólico. Es menester entonces promover las preguntas y motivar las dudas, ya que ellas son el combustible del conocimiento. Pero la promoción y el estímulo sólo pueden provenir del ejercicio pasional. Sin pasión, las materias más interesantes se

---

<sup>3</sup> Deberíamos decir: una, grande y libre?

transforman en yermos aburrimientos. Con pasión, los temas más áridos se convierten en una fuente de cognitiva belleza.

## **Bibliografía**

Ambroce, S.

(1998) *Lake Pleistocene human population bottlenecks, volcanic winter and Differentiation of modern humans, Journey of Human Evolution, 34, 623-651*

Birdsell, J. B.

(1986) *“Evolución humana”*. Compañía Editorial Continental. México

Bogin, B.

(1999) *“Patterns of human growth”*. Cambridge University Press. Cambridge

Gardner, E.

(1971) *“Principios de genética”*. Editorial Limusa-Wiley. México

Gould, S. J.

(2005) *“La falsa medida del hombre”*. Editorial Crítica. Barcelona

(1995) *“La sonrisa del flamenco”*. Editorial Crítica. Barcelona

Harris, M.

(2000) *“Nuestra especie”*. Alianza editorial. Madrid

Leakey, R. y Lewin, R.

(1999) *“Nuestros orígenes. En busca de los que nos hace humanos”*. Editorial Crítica. Barcelona

Pinotti, L.

(2006) *“Antropología de la evolución”*. En prensa

Popper, C.

(1991) *“La lógica de la investigación científica”*. Editorial Rei. México

Reynoso, C.

(1986) *“Historia y crítica de la antropología cognitiva”*. Ediciones Búsqueda.  
Buenos Aires

Samaja, J.

(2001) *“Epistemología y metodología. Elementos para una teoría de la investigación científica”* Editorial EUDEBA. Buenos Aires

Van Dijk, T.

(1998) *“Ideología. Una aproximación multidisciplinaria”*. Editorial Gedisa.  
Barcelona